

CAPÍTULO X

LAS TESIS DE LUTERO SOBRE LAS INDULGENCIAS

Corrian los últimos meses de 1517, y el dominicano Tetzl continuaba encendiendo con sus predicaciones la cólera del agustino Lutero. No podía este contenerse por mas tiempo; é imaginaba su silencio cómplice de la infamia. Por tanto, anunció á los mismos cuya intercesion pidiera inútilmente, el propósito firme y resuelto de atacar las indulgencias. Con la actividad, que le distinguia, encerróse en su celda; mojó en hiel su pluma; y comenzó á trazar nerviosamente, como si un genio superior lo poseyera y lo dominara, las tesis fundamentales de la gran revolucion religiosa, que iba inmediatamente á dividir en dos el Norte y el Mediodía de Europa y á balbucear los primeros vagidos y acentos del espíritu moderno. Creo que era la fiesta de Todos los Santos. Hallábase de bote en bote la iglesia del convento agustino de Wittenberg; y todas las miradas anhelosas buscaban con enorme ansia al padre predicador. Los monjes entraron en larga fila y se reunieron en el coro. Lutero, que hasta aquel día mostrara por un silencio perseverante y por una tristeza infinita el embargo de su espíritu, aparecia sereno y tranquilo; como si, despues de haber tomado su resolucion, fuera mas dueño que antes de la propia voluntad. Asentado cada fraile en su silla, entonó el celebrante los salmos primeros de la Misa; y cuando el coro contestara, la voz música y cadenciosa de Lutero dominaba todas las voces, como si quisiese herir el cielo con sus clamores y llamar las celestes bendiciones sobre su alma. Estaban al pié del púlpito los catedráticos de la Universidad, los discípulos mas distinguidos de Lutero, los literatos que en sus trabajos le auxiliaban; y seguían-



LUTERO FIJANDO SUS TESIS EN LA PUERTA DE LA CAPILLA DEL CASTILLO DE WITTEMBERG

le todos allá en el coro con la vista y notaban su inefable serenidad. En el momento de predicar dejó su silla sin violencia, recibió las bendiciones del celebrante sin afectacion, atravesó los espacios de la iglesia sin dar un paso atrás ni detenerse un segundo siquiera, subió al púlpito con calma, miró al auditorio con atencion, expidió la voz con claridad, y dijo sus pensamientos sin dudas ni reservas. Estaba, pues, iniciada la revolucion.

La importancia del asunto exige que, si hemos de reflexionar sobre ellas con acierto, copiemos aquí, si no todas, las principales tesis de Lutero, con exactitud. Como quiera que antes de decirlas en el púlpito, las escribiera de su mano en el papel, veamos el ejemplar enviado al mismo que le desdeñara, el ejemplar enviado al arzobispo de Maguncia. «Venerable padre en Dios, príncipe ilustrísimo; echad una mirada favorable sobre mi persona, tierra y ceniza; y recibid mis súplicas con vuestra dulzura episcopal. Llévase por todo el país, á nombre de vuestra gracia y señoría, la indulgencia pontificia, expedida para allegar recursos á la construccion de la catedral de San Pedro en Roma. No condeno tanto las predicaciones á grito herido de los propagadores de la indulgencia, á quienes no me he encontrado en ocasion de oír, como la falsa significacion adoptada por el pobre sencillo y grosero pueblo, dado á pregonar las mentiras que le han enseñado. Todo esto me hace mal y me pone malo. Creen que las almas saldrán del purgatorio en cuanto ellos pongan los cuartos en el cepillo. Creen que la indulgencia basta por su sola virtud á salvar al mayor de los pecadores. ¡Dios mio! ¡Las pobres almas serán, bajo el sello de vuestra autoridad, enseñadas para la muerte eterna y no para la eterna vida! Debeis una cuenta terrible, cuya gravedad crece de día en día. Dignaos, noble y venerable padre, leer y considerar las proposiciones adjuntas, en que demuestro la vanidad de esas indulgencias, que los predicadores divulgan como cosa averiguada y cierta.» Noventa y cinco eran las tesis, de las cuales vamos á traducir las mas importantes:

I.—Cuando Nuestro Señor Jesucristo dijo: «Enmendaos,» nos enseñó que toda la vida de los fieles debe ser una enmienda continua.

V.—No cabe, ni en la intencion ni en el poder de los Papas, remitir otras penas que las infligidas por ellos mismos, ya sea en virtud de propia autoridad, ya sea en virtud de la autoridad de los cánones.

VI.—El Papa solo puede perdonar los pecados en nombre de Dios.

XI.—Los cánones penitenciaros son para los vivos y no pueden descargar de pena alguna el alma de los muertos. Cizaña el cambio de la pena canónica en pena de purgatorio; evidentemente los obispos dormían cuando se sembraba tan mala yerba.

XXI.—Yerran los predicadores de indulgencias al decir que el Papa tiene facultad para rescatar al hombre de todas las penas.

XXVII.—Invencion humana decir que, en cuanto el dinero cae en el cepillo, se escapa el alma en pena del purgatorio. En verdad, tan pronto como suena el dinero, crece la codicia; pero la salud, que puede acordar la Iglesia á los fieles, consiste toda entera en la gracia de Dios.

XXXII.—Los que piensan ganar el cielo mediante buletos de perdon expedidos por los hombres, se irán al infierno, ellos y los que así los adoctrinan y enseñan.

XXXV.—Contrario al Evangelio decir que el alma para salvarse del purgatorio no tiene necesidad de arrepentirse.

XXXVII.—Todo verdadero cristiano, vivo ó muerto, participa de los tesoros del reino de los cielos, porque Dios se los ofrece gratuitamente, sin que necesite para nada pergaminos de indulgencia.

XLIII.—Debe enseñarse á los cristianos que quien socorre á los necesitados es mucho mejor que quien capta las indulgencias.

XLVI.—Precisa enseñar á los cristianos que, á menos de tener lo superfluo, deben guardar para sus familias lo necesario y no malgastar nada para sus pecados.

XLVII.—La compra de indulgencias es libre; y por tanto á nadie obliga.

XLVIII.—El Papa, cuando acuerda perdones, tiene mas necesidad de plegarias que de dinero; y aquello, la plegaria, es lo que exige.

XLIX.—Debe decirse al pueblo que las indulgencias tienen alguna utilidad, si no se pone en ellas absoluta confianza; pero dañan, y en supremo grado, si en los corazones debilitan el temor á Dios.

L.—Si el Papa conociera las exacciones de sus predicadores de perdon, preferiria ver la Basílica de San Pedro en cenizas á edificada con la carne, la piel y la osamenta de sus ovejas.

LXI.—El verdadero tesoro de la Iglesia es el santo Evangelio, obra de la gloria y de la gracia de Dios.

LXIX.—Los obispos deben recibir respetuosamente á los comisarios de la Sede apostólica.

LXX.—Pero deben velar para que estos comisarios no prediquen sus propios sueños, en vez de los decretos del Papa.

LXXI.—Aquel que habla contra la verdad de las indulgencias pontificias, es digno de anatema.

LXXII.—Aquel que se subleva contra las infames mentiras de los predicadores de indulgencias, es digno de bendicion.

LXXVII.—Decir que la cruz con las armas del Papa tiene tanta eficacia como la cruz con el cuerpo de Cristo, equivale á decir un sacrilegio.

LXXX.—Los obispos, pastores y teólogos, que permiten la divulgacion de tamaños escándalos entre el pueblo, darán de ello estrechísima cuenta.

LXXXI.—Las infames mentiras sobre indulgencias rebajan la autoridad del Papa, en términos que resulta aun á los sabios difícil responder á las objeciones de las mas sencillas gentes.

LXXXIII.—¿Porqué el Papa en su santa caridad no vacía el purgatorio de tantas almas como en él penan? ¿Será mas digno de su poder rescatarlas por precio de dinero?

XCII.—Léjos de nosotros esos profetas que gritan al pueblo de Cristo: «Paz, paz,» y no dan paz ninguna.

XCIV.—Exhortemos á los cristianos á seguir á Cristo, á través de las penas, los suplicios, y el infierno mismo.

XCV.—De suerte que lleguen á penetrarse de que se entra en el cielo por las tribulaciones y no por la seguridad y por la paz.

El pensamiento, que vagara despues de largos dias en la conciencia germánica; la pasion, que encendiera tantas guerras y tantas sublevaciones; el clamor, oido por todos y por nadie interpretado; la idea puramente alemana se hace hombre, se levanta con la arrogancia de un Arminio, emplea el lenguaje de las antítesis y de los contrastes tan propio del temperamento de su raza; reúne al idealismo filosófico mas puro los dicharachos y las salidas del pueblo mas basto; y con todos estos caracteres, arremete contra Roma, cier-